

me lleva á donde tú estás, para que allí vea lo que ahora creo, y posea lo que espero, y goce de tu soberana compañía por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XLIV.

FOR APLICACION DE LOS SENTIDOS DEL ALMA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

—Este modo de oracion, por aplicacion de los sentidos, el cual se declaró en la parte II (*med.* XXVI), es muy provechoso cerca del Santísimo Sacramento, negando los cinco sentidos del cuerpo y avivando los del alma. Algo de esto toca san Buenaventura en su tratado de los siete caminos de la eternidad, al modo que se dijo en el párrafo XI de la introduccion de este libro. Pero aquí lo pondremos con otro modo mas fácil para todos.—

PUNTO PRIMERO. — 1. El primer punto será, ver con la vista interior del alma, ilustrada con la fe, todo lo que es objeto de esta vista, cerca de este Sacramento, sacando varios afectos, conformes á lo que hubiere visto. Lo primero, verá la cantidad, y el color y figura de pan y vino, apartadas de su sustancia, porque Dios con su omnipotencia la destruyó, para poner en su lugar el cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor; y actuando esta fe, captivaré mi entendimiento á que crea esto, negando el juicio que procede de los sentidos, y confesando que puede Dios hacer con su omnipotencia mas de lo que puede percibir nuestra corta razon. Y así diré: Creo que, aunque veo color de pan, y percibo olor y sabor de pan, no hay sustancia de pan, porque la fe lo dice y Dios así lo revela.

2. Luego verá con la misma vista la majestad de Cristo, tan entero y glorioso como está en el cielo: verá su sagrada cabeza con corona de gloria; su divino rostro con rayos de inmenso resplandor; sus manos, piés y costado con las hermosísimas señales de las llagas que están en ellos, y todo su cuerpo incomparablemente mas resplandeciente que el sol, y hermosísimo sobre todos los hijos de los hombres. Y luego subirá mas alto, viéndole como es Dios, resplandor de la gloria del Padre, figura de su sustancia, de tan infinita belleza, que hace bienaventurados á los que le ven con claridad. Y mirándole de esta manera, unas veces sacará afectos de reverencia y humildad, bajando los ojos y encogiéndome en su presencia. Otras sacará afectos de gozo y alegría de verle tan hermoso y resplandeciente y tan cerca de mí. Otras prorumpiré en afectos de alabanza

y accion de gracias, por haberse puesto allí con toda su gloria y majestad.

3. Lo tercero, verá la junta de aquel exterior de pan, con la majestad de Cristo, admirándome de ver juntos dos extremos tan distantes, uno tan pequeño y bajo, como es accidentes de pan y vino, y otro tan grande y alto, como es hombre y Dios, encubriendo la grandeza de su resplandor con el velo de tan vil criatura, provocándome á que le imite en tal modo de humildad. Ó Amado mio, que en este Sacramento visible estás con modo invisible; véate yo con la fe, y reverencie tu grandeza, como si te viera con claridad, pues eres el mismo en el Sacramento y en el cielo, y tan digno de ser reverenciado y amado en la bajeza del uno, como en la alteza del otro.

PUNTO SEGUNDO.—1. El segundo punto es, oír con el oído del alma lo que Cristo nuestro Señor me dice en el Sacramento, imaginando que desde allí me habla al corazón y me dice varias cosas á mi propósito. Unas veces imaginaré que me convida á que le coma, diciéndome aquello de la Sabiduría: *Venid, comed mi pan y bebed mi vino que os tengo aparejado; dejad la niñez, vivid y andad por las sendas de la prudencia* (1). Que es decir: Venid á recibirme en este Sacramento, pero dejad primero las niñerías de esta vida, porque soy manjar de grandes y de gente que vive con recato y providencia. Y á este modo puedo tambien imaginar que me dice aquello de los Cantares: *Comed, amigos, bebed y embriagaos los muy amados* (2). Y aquello de Isaías: *Los que teneis sed, venid á las aguas, oidme con atento oído; comed lo bueno, y alegrarse ha vuestra alma con su gusto* (3).

2. De donde sacaré deseos de recibirle, obedeciendo á su voz, diciéndole: ¿De dónde á mí, Señor, que me convidéis á vuestra mesa? Yo me llego á ella porque me lo mandais; habladme mientras como, para que mi corazón se derrita en vuestro amor. Otras veces imaginaré que desde allí me exhorta á que le imite, diciéndome: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (4): aprended de mí á humillaros, á encubriros y á convidaros con caridad unos á otros. Otras veces miraré como está allí rodeado de Ángeles, los cuales me están diciendo: *Ecce Sponsus venit, exite obviam ei. Mirad que viene el Esposo de vuestras almas, salidle á recibir* (5) con lámparas encendidas, con afectos muy abrasados de uniros con él

(1) Prov. ix, 3. — (2) Cant. v, 1. — (3) Isai. lv, 1.

(4) Matth. xi, 29. — (5) Matth. xxv, 6.

en perpetua caridad. Finalmente, despues que le hubiere recibido le diré aquello de Samuel: *Habla, Señor, que tu siervo oye* (1); y atenderé á las inspiraciones que me comunicare para oirlas y obedecerlas con presteza, diciendo con David: *Oiré lo que habla en mí el Señor* (2) que está dentro de mí, porque bien sé que hablará palabras de paz y de vida eterna.

PUNTO TERCERO.—1. El tercer punto es, con el olfato del alma percibir el olor y fragancia de Cristo nuestro Señor en este Sacramento, el cual en la misa se ofrece á sí mismo al Padre en hostia y sacrificio, en olor de suavidad. ¡Oh cuán bien huele al Padre eterno este sacrificio, aplacando por él su ira! ¡Oh cuán poderoso es su olor, para deshacer y aniquilar el mal olor de todos los pecadores y pecados del mundo! Ó Padre soberano, pues tanto os agrada el olor suavísimo de este sacrificio, perdonadme por él mis graves pecados, y aplacad la ira que contra mí teneis por ellos.

2. Tambien percibiré el olor de las virtudes de este santo Sacramento, porque como el ámbar y bálsamo, y otras cosas olorosas, confortan con su fragancia no solo al que las toca, sino á otros, aunque estén algo apartados; así el olor de este Sacramento no solo conforta al que le recibe, sino al que le mira, adora y desea recibirle. Y como dice el mismo Señor, que *adonde está el cuerpo, allí van las águilas* (3), atraídas de su olor, para comerle y sustentarse de sus carnes; así las almas, que como águilas vuelan en la oracion y contemplacion, percibiendo este olor suavísimo del cuerpo de Cristo, se van á donde está para comerle y sustentarse con su preciosísima carne. Ó carne olorosísima de Jesús, confortame con el olor de tus virtudes; dame á sentir la fragancia de tu caridad, y llévame tras tí al olor de tus unguentos, para que me junte contigo en union de perfecto amor. Amen.

PUNTO CUARTO.—1. El cuarto punto es, con el gusto del alma gustar lo primero el grande gusto y sabor con que Cristo nuestro Señor está en este santo Sacramento, y en cualquier hostia, aunque le pongan en lugar vil y despreciado, y el gusto grande que tiene en ser comido. Los otros manjares, como son cosa muerta, dan gusto al que los come, pero no tienen gusto en ser comidos; pero este manjar, como es pan vivo, tiene gusto grandísimo en que lo coman, y mas desea ser comido de los hombres, que ellos desean comerle. Ó Pan de vida, gracias te doy por este gusto que tienes en ser nuestra comida y sustento; purifica el gusto de mi alma, para

(1) I Reg. III, 9. — (2) Psalm. LXXXIV, 9. — (3) Matth. XXIV, 28.

que perciba tu dulcísimo sabor, de modo que guste de recibirte con el gusto que tienes de ser recibido.

2. Luego percibiré la suavidad de Cristo en este Sacramento, mirando como comunica á los que dignamente le reciben un sabor de divinidad, mucho mas vario y dulce que el maná, porque tiene el sabor de todos los manjares espirituales (1), y sabe á todas las virtudes, y con tanta dulzura, que endulzora todas las cosas amargas que hay en esta vida; y en el ejercicio de la mortificacion y de todas las obras virtuosas imaginaré que me están diciendo aquello del salmo: *Gustad y ved por experiencia cuán suave es el Señor* (2). Ó dulcísimo Jesús, ¡cuán dulce eres para los que te aman y reciben con amor! Ó fuente de dulzura, que te das á gustar con abundancia por los caños de estas dos especies sacramentales, llena mi alma de tu suavidad soberana, para que deseche toda la terrena.

PUNTO QUINTO.—1. El quinto punto es, con el tacto tocar espiritualmente, y á su tiempo corporalmente este Sacramento, de cuyo tocamiento sale virtud para sanar, vivificar, alegrar y perfeccionar á todos los que le tocan debidamente, como antiguamente salia de las vestiduras de Cristo nuestro Señor, para sanar los flujos de sangre y las enfermedades de los que las tocaban (3), como se ponderó en la parte III, med. XXXI. Otras veces imaginaré, cuando llego con mis labios á la hostia consagrada, que con gran reverencia y temblor doy ósculo á Cristo nuestro Señor, y le recibo amorosamente de su dulcísima boca, diciéndole aquello de los Cantares (4): *Bésem con el beso de su boca, porque mejores son sus pechos que el vino, llenos de fragancia de suavísimos unguentos. Ó Salvador dulcísimo, dame ósculo de paz, pacificándome con vuestro Padre. Ó especies sacramentales de pan y vino, que sois como los pechos de mi Amado, llenos de leche de deleites celestiales, muy mas preciosas que el vino de los deleites terrenos; tocadme y hartadme con vuestra leche, para que se me haga desabrida toda carne.*

2. Otras veces avivaré la fe, para creer y ver con ella las llagas sacratísimas de Cristo nuestro Señor, tocando con el espíritu sus piés y manos y costado, como quien se llega á beber del agua y sangre que de él salió, y tocándolas con viva fe, como santo Tomás, exclamaré: *¡Señor mio y Dios mio* (5)! Ó Dios de mi alma, llaga con el dardo de la caridad mi corazon, por las llagas que recibiste en tu sagrado cuerpo; harta la sed de mi alma, por la sangre y

(1) Sap. XVI, 20. — (2) Psalm. XXXIII, 9. — (3) Marc. V, 30.

(4) Cant. I, 1. — (5) Joan. XX, 21.

agua que salió de tu costado; lávame con ella, purifícame, enciéndeme y perfeccióname; dame licencia para que con el espíritu entre dentro de esas llagas glorificadas. Y pues tú con ellas moras dentro de mí, yo con toda mi alma quiero morar dentro de ellas y de tí, uniéndome contigo con union de amor, hasta que sea uno contigo en tu eterna gloria. Amen.

MEDITACION XLV.

PARA LA FIESTA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, Y PARA ANDAR CON ESPÍRITU LAS PROCESIONES DE ESTE DIA Y SUS OCTAVAS.

PUNTO PRIMERO.—1. Lo primero, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor en este Sacramento viene á nuestra tierra á renovar lo que hizo cuando vivió en ella; ponderando como entonces anduvo por todas las calles y plazas de Judea y Galilea, y por las sinagogas y casas particulares, y en el mismo templo de Jerusalem, haciendo bien á todos. Y como dice san Pedro: *Pertransiit bene faciendo, et sanando omnes oppressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo: pasó y caminó, haciendo bien y sanando todos los oprimidos del demonio, porque Dios estaba con él* (1), no solo por gracia, sino por unidad de persona; y el bien que hacia era en todo género de cosas, ejercitando los varios oficios que arriba se dijeron; de suerte que por donde quiera que iba dejaba rastros de su divinidad y omnipotencia, y de su inmensa caridad y misericordia.

2. De esta misma manera imaginaré ahora que anda Cristo nuestro Señor en este Sacramento por los templos, plazas y calles de la cristiandad, haciendo bien á todos los que con viva fe llegan á él, confesándole, adorándole y alabándole con todo su corazón, porque tambien ahora este divino Sacramento, *pertransiit bene faciendo*; pasa haciendo bien y sanando á los oprimidos del demonio; porque Dios está dentro de él, y así les va comunicando todo género de bienes, con resplandores de su celestial luz é inspiraciones de su divino espíritu, enseñándoles como maestro, curándoles como médico, perdonándoles como salvador, y apacentándolos como pastor con su mismo cuerpo y sangre; y aunque todo esto hace mas copiosamente con los que le reciben, pero tambien da alguna parte á los que con fe viva le miran y glorifican. Y con este espíritu tengo de acompañarle en las procesiones, como le acompañara cuando vi-

(1) Act. x, 38.

via en carne mortal, si tuviera la fe que ahora tengo, y como le acompañaba la gente devota que se iba tras el Salvador por gozar de su dulce compañía. Ó Amado mio, gracias te doy por haberte quedado con nosotros tan de asiento, que aunque tienes tu morada en los cielos, llenándolos de alegría, quieres tambien estar en nuestra tierra, llenando sus plazas y calles de tu misericordia. Y pues tan poderoso eres debajo de este velo, como lo eres en el cielo, y como antes lo eras en la tierra; ven á esta pobre morada de mi alma, pasea todas las potencias y sentidos de ella, haciendo bien á todas, para que te sirvan y glorifiquen todas por todos los siglos. Amen.

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar como Cristo nuestro Señor quiere ahora renovar espiritualmente la entrada que hizo en Jerusalem el dia de Ramos (1); porque entonces entró en Jerusalem manso y humilde, sentado en un jumentillo, saliéndole á recibir grande muchedumbre de hombres, y llevándole todos en procesion con grande pompa. Unos echaban por tierra sus capas para que pasase por ellas, otros desgajaban árboles para enramar el suelo, y otros llevaban palmas en las manos, y todos á voces le alababan, diciendo: Bendito sea el que viene en el nombre del Señor: Rey de Israel, sálvanos en las alturas. Y esta entrada tan solemne hizo Cristo nuestro Señor para mostrar de su parte el gusto con que estaba entre ellos, sin embargo de que le perseguian y maltrataban, y para que sus discípulos y la gente devota diese tambien aquella muestra de la fe, amor y devocion que le tenian, y por otras causas que ponderamos en la parte IV.

2. De esta misma manera quiere ahora ser llevado en el santísimo Sacramento por las calles y plazas de la Iglesia con grande pompa y majestad. Va en la hostia, manso, humilde y disfrazado, cubierto con aquel velo y nube ligera de los accidentes de pan; pero todos los fieles y príncipes de la Iglesia se honran de acompañarle, adornando las calles con ramos y con ricos doseles, llevando hachas y luminarias, y con cantores y músicas de alegría, celebrando su venida al mundo, con la mayor pompa y honra exterior que se le puede dar en la tierra. De todo lo cual me tengo de alegrar y regocijar, porque si me gozo de la honra que el dia de Ramos hicieron á este Señor, con haber parado en mayor ignominia, ¿cuánto mas me gozaré de la honra que todos ahora le hacen, ordenándose toda á su mayor gloria.

(1) Matth. xxi, 8; Joan. xii, 13.